

CONMEMORACION
DEL
11 de febrero de 1873
EN PARIS

PUBLICACIONES DE
**ACCION REPUBLICANA
DEMOCRATICA ESPAÑOLA**

AGRUPACION DE PARIS

1969

Imp. des Gondoles - 6, rue Chevreul, 94-Choisy-le-Roi

Dépot légal: 3^e trimestre 1969.

N^o d'impr. : 14.

En el intervalo entre la desaparición de la primera República española y el advenimiento de la segunda, los republicanos habíamos conmemorado siempre la fecha de la proclamación de aquella, el 11 de febrero de 1873. La Agrupación de París del partido de Acción Republicana Democrática Española, tuvo el acierto de resucitar esa tradición. En el ánimo de los organizadores, el acto había de ser, más que un sentimental recuerdo del pasado, la expresión de una actitud respecto al presente, con sus insoslayables repercusiones en relación con el porvenir. Esa es la posición de nuestro partido, que encarna, como adelantado, el grupo de los correligionarios que integran la Agrupación de París, Agrupación que conduce, con tanta firmeza como acierto el Doctor Boix, que es su Presidente y su más entusiasta animador, al que secundan de manera ejemplar quienes con él constituyen su Junta Directiva.

La conmemoración de la primera República en París, que comenzó siendo un acto modesto, ha ido adquiriendo importancia de año en año y es ya, desde hace algún tiempo, uno de los exponentes más vigorosos de las actividades de la emigración española en Francia.

El acto conmemorativo de este año, superó en importancia a los de los precedentes, tanto como por la calidad de las personalidades que asistieron a él, entre las que destacamos los nombres de los Embajadores de Méjico y de Yugoslavia, como por la gran cantidad de valiosas adhesiones recibidas, entre las que nos limitamos a señalar las de los premios Nobel de Literatura, Miguel Angel Asturias y François Mauriac; del de la Paz, René Cassin; de los de Medicina, doctores Jacob y Lwoff y del de Física Profesor Alfred Kastler, quien, *«expresa su fidelidad a la causa del Gobierno de la República española en su lucha contra el fascismo, haciendo votos, porque en Espa-*

ña, como en otras partes, triunfen la libertad humana y el progreso social».

Y ahora, le dejamos al lector que aprecie la trascendencia de los discursos que se han pronunciado, que merecieron la calurosa aprobación del numeroso auditorio que los escuchó.

La C. E. N. de A. R. D. E.



Un aspecto de la sala.

DISCURSO DEL Dr. BOIX

Monsieur le Président

Monsieur l'Ambassadeur du Mexique (Grandes aplausos)

Monsieur l'Ambassadeur de la Yougoslavie (Grandes aplausos)

Je veux exprimer en premier lieu, toute reconnaissance à nos amis, qui sans être des Espagnols, ont tenu, les uns avec leur présence et les autres avec des mots chaleureux, à nous encourager à poursuivre la lutte pour la liberté et pour la démocratie, contre le régime qui opprime notre malheureux pays. Merci, mille fois merci !

Señor Presidente

Señor Presidente del Gobierno de Euzkadi

Sres Ministros, señores diputados

Señores delegados; señoras y señores

El 11 de febrero de 1873, es una fiesta memorable que ocupa el primer lugar entre todas las efemérides. Hoy conmemoramos este hecho histórico en el que, por primera vez en España, la soberanía nacional en las Cortes, se expresa libremente, optando de manera clara y categórica, como forma de gobierno, por LA REPUBLICA (aplausos). ¿por qué hay personas que actúan como desconociendo esta verdad histórica, ratificada espectacularmente el 14 de abril de 1931? La respuesta es sencilla: Es que en España, como en otros lugares, hay seres cuya razón de ser es su propio egoísmo, lo que les encamina a unas prácticas poco escrupulosas, en beneficio de sus peculiares intereses, sin preocuparse ni poco ni mucho, de los principios de equidad que regulan cualquier sociedad civilizada.

Es sólo así como pueden explicarse las eternas contradicciones de su política absurda y que va en contra de los mismos principios que ellos pretenden defender.

En efecto se llaman católicos y el mismo primado, el Arzobispo don Vicente Enrique Tarancón, los desautoriza.

Se proclaman defensores del derecho, y su política está en guerra abierta con los colegios de abogados. Y en el orden social, los obreros piden sueldos compatibles con el mínimo vital, mientras ellos se reparten escandalosos dividendos.

Se dicen guardianes de la cultura y amigos de la Universidad, lo que no les estorba para encarcelar a los miembros del cuerpo docente y a sus alumnos.

Se pretenden nacionalistas, pero no tienen inconveniente en enajenar la soberanía nacional, en beneficio de otros países, cuyos enviados se pasean por el suelo patrio como en tierra colonizada.

Pero, ¿por qué continuar una relación interminable de trágicos absurdos? Dificilmente pueden encontrarse en la historia de España circunstancias como las presentes, donde vemos sus órganos de gobierno ocupados por personajes, cuyo erudismo los ha encaramado en las más altas cumbres de la estúpida inconsecuencia. El señor Carrero Blanco, este singular ejemplo de personaje antes definido, entre otras cosas afirma pomposamente: «**Ha tenido que llegar nuestro régimen para que el estado de excepción sea verdaderamente excepcional**». ¡Pero señor Carrero Blanco! no pierda el tiempo en tamañas incoherencias, que todos los españoles, los grandes y los chicos, los de dentro y los de fuera, sabemos, archisabemos que España vive en estado de excepción desde hace más de treinta años (muy bien, aplausos). Si estamos reunidos aquí los sectores más diversos es precisamente para hacer sentir unánimemente nuestra voz airada contra estos procedimientos que conducen la patria al mismo borde del abismo.

Señores, amigos, es ya hora de aunar todas las buenas voluntades, fueran de dentro o del exterior, para la constitución definitiva de un frente de fuer-

zas democráticas, cuya doctrina sea la bandera que nos guíe en el combate a muerte contra el franquismo para restablecer la República con todo lo que ella tiene de consubstancial: LA DEMOCRACIA, LA JUSTICIA SOCIAL Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS.

¡VIVA LA REPUBLICA! (Grandes aplausos).



Otro aspecto de la sala.

DISCURSO DE DON JESUS MARIA DE LEIZAOLA

Señor Presidente, queridos compatriotas y amigos:

Después de las palabras que acaban de pronunciarse aquí que pueden considerarse exhaustivas, apenas me quedaría a mi nada que decir sino el hacerme presente como representante de un país autónomo, de Euzkadi, un pueblo viejo que tiene fama de viejo pero que yo tengo la pretensión de considerar que es el más joven de todos. El hecho es que nos hallamos aquí presentes, aparte nuestros grandes amigos y representantes dignísimos de los Estados Unidos Mexicanos y de la República de Yugoslavia, Estados Unidos y República de Yugoslavia, los cuales en su denominación el primero y en su constitución federal, plurinacional, el segundo, son un modelo que justifica todo lo que yo pudiera decir en defensa de nuestra situación en Euzkadi dentro de la República española o dentro de cualquier Estado español aunque no fuera republicano. Creo que mis palabras podrían parecer ociosas. Sin embargo me incumbe cumplir un deber. El deber es el de no rehuir a mis responsabilidades, las cuales consisten en sumar un apoyo, una posición política a lo que aquí conmemoramos.

Este acto tiene primero una significación de recuerdo o de recuerdos y de homenaje o de homenajes. Recuerdo y homenaje a la República y a los hombres de la República de 1873. En alguna otra ocasión hice yo constar lo que nos unía a aquellos hombres y aun a aquella República, aunque debo recordar, y alguno me lo recordaría si no lo hiciese, que en el período de duración breve de aquella República, el País Vasco todo prácticamente, salvo

Bilbao, San Sebastián, Hernani, Fuenterrabía, Guetaria y algunos otros pueblos a quienes en agradecimiento les dedicaron plazas, o calles en distintas poblaciones, incluso en Madrid (en Madrid hay una plaza de Bilbao porque resistió y no se entregó a los carlistas y de la misma manera hay de Hernani, de Guetaria y de Fuenterrabía, allí o en otras partes), figuraba en el lado carlista.

Yo no voy a recordar aquella República en este aspecto y tengo que renovar el homenaje que ya hice antes en ocasión semejante a los hombres de aquella República. En cuanto a la República de 1931 a 1936, ahí ya mis responsabilidades son personales y amplias. Estoy aquí en compañía y todos vosotros estáis en compañía de una porción de hombres que fueron entonces diputados en el Parlamento republicano y que colaboramos a la Constitución que se promulgó el 8 de diciembre de 1931. Es precisamente esa Constitución la que es el origen de la investidura, de la magistratura en nombre de la cual os hablo. Allí se abrió el camino a la constitución de los países autónomos y con arreglo a ese camino por ella abierto, Euzkadi solicitó su autonomía y tras dificultades, avatares y problemas de fondo se llegó a la constitución de Euzkadi. No sin una amputación fundamental que tengo que unir al recuerdo que acabo de hacer de los sucesos de 1873. Navarra se declaró carlista y se separó de la organización y del sistema republicano y de ahí todos veis lo que ha seguido a partir del 18 de julio de 1936 recordado elecuentísimamente y con mucha oportunidad para que no se olviden sus enseñanzas por el compañero Llopis. Aquí estamos desde entonces como combatientes y hay aquí quienes nos recuerdan y me recuerdan a mí este aspecto de combatientes. Incluso en la Presidencia y entre los que podemos considerar extranjeros, pero que la República española no podrá considerar nunca como extranjeros sino como compañeros de combate.

1936, 1939, 1945 un calvario que no hace falta detallar porque casi todos vosotros teneis edad bastante, veo muchas calvas y canas para que tenga necesidad de hablar de él. Sin embargo, tengo que decir algo sobre esos años. ¿Qué habré de decir? Algo que os alcanza creo a casi todos y si no a

vuestros amigos. Y es que de 1939 a 1945 hubo una muchedumbre de quijotes, de quijotes que estais representados aquí, que desde Narvik pasando por Bir Hakeim hasta la entrada en París dejaron su pabellón en términos tales que no será jamás — yo creo — olvidado en el mundo el papel que ellos entonces asumieron. Nunca será inoportuno recordarlo, y mucho menos en estos momentos sir duda. ¿Por qué? No mirando al pasado, no a título de recuerdo y a título de homenaje sino mirando al presente y al inmediato futuro — del futuro lejano no nos ocupemos porque realmente poco podemos operar sobre él, lo que no hagamos por el futuro inmediato no lo habremos hecho.

Si; he de recordar que esos hombres pasearon lo que algunos de vosotros habrá oído cantar por las calles allí en otro bien distinto sentido: pasearon las banderas victoriosas. Son esos, son, con ellos, los de la brigada vasca de la Pointe de Grave en 1945 los que fueron tras las banderas victoriosas y desfilaron con ellas por las calles de Burdeos festejando la liberación de la capital de la Gironda y la liberación final de todo el territorio francés (aplausos). Son esas banderas victoriosas, las banderas de la libertad, la bandera de Euzkadi y la del batallón «Libertad», que era la bandera republicana, roja, amarilla y violeta (aplausos). Esa bandera tricolor y la otra bandera tricolor nuestra fueron las que desfilaron como banderas victoriosas. Y este es el momento de recordarlo, y no creais que lo hago pensando en este lado del Pirineo, lo hago pensando en el otro de la frontera del Pirineo.

Yo con mi representación alcanzo un ámbito social que puede parecer excesivo, desorbitado y fuera de lugar en este momento; mas no lo creo así. En las Cortes de 1931 representaba a los que eran allí minoría. En este momento y ante vosotros quisiera hablaros también, no como representación que ninguna me han confiado, teniendo en cuenta a los que no están aquí. A los que no están aquí, pero que son hombres que trabajan, que sufren y que llevan la misma sangre que nosotros, la misma sangre que vosotros. Hombres a los cuales la condición de hermanos por la naturaleza no la podemos negar, respecto de los cuales nuestros deberes y nues-

tras obligaciones que nacen de la naturaleza no podemos desconocer sino que al contrario tenemos que invocar, tenemos que evocar, precisamente para que superemos entre todos, ellos y nosotros, la lucha civil, la guerra civil. Hace tres días y por teléfono una personalidad extranjera de paso aquí en París y que no tenía tiempo de entrevistarse conmigo me preguntaba: ¿Cómo están Uds. con los carlistas? Por teléfono y no hace más que tres días. Y yo le dije: muy bien. Estamos muy bien, ¡ah! pero no para que nos lleven y nos dejemos llevar a la guerra civil. Y esta es la verdad. No es — o acaso sea, pero no importa — el incidente de la expulsión de Hugo Carlos el que haya podido traer la posibilidad de entenderse y de hacer la paz, pero hay que hacerla, hay que hacerla. Hace muy poco me veía yo con Julio Just, y hablándole de este mismo problema, de este inmenso, profundísimo problema, le recordaba — y volvemos a los años 1873, 74, 75 y 76 — que había tenido ocasión recientemente de leer un libro; ¡leerlo! en fin, hojearlo de manera que me diera bien cuenta de lo que contenía, que se imprimió en Bayona en 1876. Este libro tenía este título nada menos de claro y de preciso: «Dossegaray y la traición del Ejército del Centro». Y le decía que en ese libro, que era una especie de libro blanco del Ejército del Centro que mandó Alfonso Carlos, hermano de Carlos VII, y estuvo a punto de apoderarse de Madrid porque se apoderó de Cuenca y llegó hasta las puertas de Madrid, en ese libro, en el cual venían documentos oficiales — no había más que documentos oficiales prácticamente, partes de las unidades y composición del Estado Mayor, etc. — figuran importantísimos detalles. Había entre otras cosas lo siguiente: ya el título era escandaloso porque hablaba de la traición del Ejército del Centro. Está así en una portada magnífica. Recordaba pues a Just que los carlistas, navarros, vizcaínos y guipuzcoanos, pero especialmente navarros y vizcaínos, salieron de la guerra — y en este caso también los valencianos y que me perdonen los valencianos, no creo se halle aquí ningún carlista valenciano — habián salido de aquella guerra con la conciencia de que habían sido traicionados. Ya de la guerra del 33 al 39 había la traición

de Maroto; pero esa vez las traiciones se multiplicaban. Había la citada de Dossegaray, había la de Pérula en Navarra y había la de Lizarraga en Bilbao. A las que ese libro agregaba la que podíamos considerar máxima traición, porque figuraba la proclama, la comunicación que el Estado Mayor del Ejército del Centro había tenido que distribuir a sus unidades, cuando Cabrera se declaró liberal e hizo por tanto «traición». ¡Imaginaos hasta donde llega la necesidad de la revisión de los conceptos, la necesidad de superar los antecedentes de las personas y la necesidad de buscar la paz y de encontrar la hermandad de sangre donde realmente existe y es innegable!

Yo no voy a seguir adelante, puesto que habeis oído un análisis perfecto de lo que ha ocurrido hasta el día en boca de Llopi. Me limito a decir lo siguiente: Considero que las posibilidades de la República de volver a ser el régimen del Estado español están intactas. Están intactas y son acaso más fuertes, tienen mayor base, mayores fundamentos, mayor extensión que nunca. Pero esa República teneis que hacerla entre vosotros y aquellos y ha de ser la República de 1969. No podemos vivir del recuerdo. Nuevas generaciones hay ahí: allí y aquí. Nuevos hombres. No diré que las condiciones del mundo han cambiado totalmente pero han cambiado desde luego. El mundo no es el mismo de 1931-1936. Nosotros, en esto si creo que sí, que nada ha cambiado, nosotros tenemos hoy una bandera íntegra, perfecta, pura, indiscutible: es la de los Derechos del Hombre. Por ella y con ella se han baticado los vascos unidos en 1968 y en 1969. Por los Derechos del Hombre se mueven las multitudes obreras y eclesiásticas, las juveniles y de todo orden en Euzkadi y con éstas, con esa bandera y detrás de ella se encuentra la auténtica República española de 1969 (Grandes aplausos).



La presidencia del acto.

DISCURSO DE DON RODOLFO LLOPIS

Amigo Presidente, o mejor dicho, amigos Presidentes, ya que también tenemos entre nosotros otro Presidente, el amigo Leizaola; señores embajadores de Méjico y de Yugoslavia; compatriotas y amigos todos:

Méjico y Yugoslavia

No creo que ninguno de vosotros considerará como desplazado de esta reunión el que yo exprese la gran alegría, la enorme satisfacción que todos sentimos al tener entre nosotros a nuestros dos embajadores; el que yo pueda decir, no solo en mi nombre personal, y en nombre de todos vosotros, al señor Embajador de Méjico, como testigo de mayor excepción que fue, en aquellos días en que yo estaba en el gobierno de mi querido maestro Largo Caballero (Aplausos) que Méjico fue el único país (Aplausos), que el único gobierno que nos ayudó sin preocupaciones mezquinas de ninguna clase, fue el gobierno del General Cárdenas. (Grandes aplausos). Vosotros fuisteis en aquellas horas graves y decisivas la auténtica conciencia internacional de los que no la tenían, que fueron muchos.

A vosotros, amigos yugoslavos, que no teníais gobierno propio en aquella época, quiero deciros en alta voz lo que tantas veces he dicho en voz baja, esto es, que vinistéis a luchar con nosotros sin ninguna clase de «arrière pensée», como dicen los franceses; que no vinistéis en busca de un título para exhibirlo luego en las campañas electorales en vuestro país, sino que vinistéis porque sabíais que en España lo que se dirimía era un tipo de civilización; que no se trataba solamente de una pugna entre es-

pañoles, sino de una guerra internacional; sabíais que defendiendo a los republicanos españoles que luchábamos, defendíais también a todos los pueblos oprimidos del mundo. (Aplausos).

No hay emoción mayor, amigos que me escucháis, cuando se va a Yugoslavia, que oír que llaman españoles y se llaman a sí mismo españoles, quienes lucharon con nosotros en España, como el señor embajador que tenemos hoy el honor de que esté entre nosotros. (Aplausos). En realidad, en Yugoslavia hay tres clases de españoles: los sefarditas — que se siguen llamando españoles —, y los antiguos combatientes de la guerra de España, que se dividen en dos grupos: los «madrileños» que son los que combatieron en el frente del Jarama y los que combatieron en los demás frentes. Cuando yo veo lo que se hace en la historia de la Resistencia en Francia cuando yo veo y leo cómo se hace la historia de la Liberación de Francia, y que se silencia la participación de los españoles en esas dos gestas, pienso en vosotros, amigos yugoslavos, en vosotros que tenéis a honor decir que habéis luchado en España (Grandes Aplausos); si para vosotros es un honor, para los españoles es un orgullo el decirlo y el que lo digáis vosotros.

Nuestros aniversarios

Pero, hora es ya de que hablemos del motivo de nuestro encuentro hoy aquí. Aquí nos reunimos en cumplimiento de una convicción fuertemente arraigada en todos y en cada uno de nosotros, que ninguna «peripecia», como dicen ahora, ni la actual, ni las pasadas, ni las futuras, podrán cambiar: nuestro amor a la República. Venimos a conmemorar un 11 de febrero, como ha dicho nuestro Presidente, el 11 de febrero de 1873. Venimos a conmemorar la proclamación de la Primera República, y no nos ocuparemos del 3 de enero de 1874, día en que se produjo la «paviada», esto es, día en que el general Pavía ocupó, como se dice ahora, el Parlamento y disolvió las Cortes de la República. Como conmemoramos el 14 de abril de 1931 y no el 18 de julio del 36. (Aplausos). Ello no quiere decir que no nos acordamos del 3 de enero de 1874 ni del 18

de julio del 36, porque sería insensatez grave en quienes tengan responsabilidades ideológicas y políticas no acordarse más que de las fechas venturosas, olvidando las fechas desdichadas, pues hay que sacar lecciones por igual de los recuerdos venturosos y de los recuerdos luctuosos. Nosotros no aceptamos en su integridad el pensamiento de Ortega y Gasset cuando dice que «en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos». Hay mucho de verdad en ese pensamiento; pero no es menos cierto que lo mismo en el dolor que en el placer nos hacemos y nos gastamos.

La significación de la peripecia

Hora es ya de que hablemos de lo que pasa actualmente en España; de esa «peripecia», como ha dicho el ministro señor Debré, que está sufriendo el pueblo español. Para nosotros, el régimen franquista está viviendo un momento delicado, grave, y seguramente decisivo para el porvenir de España. Una publicación alemana de gran tirada y que ha puesto fuera de sí al ministro franquista de Información y Propaganda, «Spiegel», ha dicho que el decreto-ley que implanta el estado de excepción, ha sido el primer triunfo de la oposición. (Aplausos). Conviene examinar, reflexionar acerca de lo que significa ese estado de excepción, esa «peripecia», como lo ha calificado el ministro francés de asuntos exteriores. A nadie extrañará que aluda a las palabras de un ministro francés que ha calificado ese acontecimiento de la política española. Quiero creer que nadie pensará que con ello tratamos de inmiscuirnos en la política interior de otro país. Nada de eso. Pero no tendría sentido que los extranjeros se ocupasen de la política de nuestro país y que nosotros nos obligásemos a silenciar lo que pensamos de las posiciones que acerca de nuestros problemas adoptan los extranjeros. (Grandes aplausos).

¿Por qué ha pasado en España lo que ha pasado?
¿Por qué se ha dictado ese estado de excepción?
No será porque existían en España demasiadas libertades y se necesitaba suprimirlas, puesto que el régimen franquista es un régimen dictatorial y,

por lo tanto, las pocas o muchas libertades que existan son un privilegio reservado a los hombres del régimen. Lo que ha pasado en España es que el régimen se ha asustado ante la evolución que se ha producido en España, en la sociedad española; evolución normal, natural, que se ha traducido en multitud de manifestaciones, entre las cuales merece subrayarse una evidente sensibilización política. El régimen se ha pasado treinta años queriendo ahorrar los cerebros de los españoles, queriéndoles castrar políticamente y ahora se encuentra con que los estudiantes, los financieros, los sacerdotes, los militares y no digamos los obreros, se han sensibilizado políticamente. Los dos sectores que más se han sensibilizado, políticamente, cosa fácilmente comprensible, han sido los intelectuales — intelectuales inteligentes, pues no todos los intelectuales son inteligentes — y la clase trabajadora. Y como estaba previsto para el 31 de enero un movimiento de protesta general, movimiento que se ha producido, que lo han iniciado nuestros amigos y compañeros de Euzkadi, en principio contra la ley sindical, y al mismo tiempo contra la congelación de salarios, contra la falsa descongelación salarial y, en el fondo, contra el régimen, para evitar que esa protesta enlazara con la de los estudiantes, para evitar que la clase trabajadora con sus relaciones interracionales diese al traste con lo que se estaba cocinando, el gobierno, como acción preventiva — Fraga lo ha dicho descubriendo que «vale más prevenir que curar» —, comenzó las detenciones mucho antes de implantar el estado de excepción. Las comenzó en la madrugada del 10 al 11 de diciembre con las detenciones y encarcelamientos de 12 compañeros de Bilbao. Convencidos de que los preparativos para la protesta del 31 de enero seguían su marcha, el 24 de enero decretaron el estado de excepción en toda España. Con ello quisieron neutralizar a los enemigos del régimen que más temían. Y se produjo la gran redada, que se cebó con los estudiantes, con los intelectuales, profesores y abogados, políticamente situados en lo que se llama Democracia Cristiana. Y sobre todo, con socialistas, ugetistas, vascos, Alianza Sindical. Se olvidaron en los primeros momentos de otras

fuerzas, a las que quizá les toque también su hora, pues por Madrid circula una lista de 150 enemigos del régimen a los que se quiere desterrar, en la que figuran, al parecer, nombres muy conocidos y lo que nadie podía sospechar: tres obispos. Es una lista, repito, que circula por Madrid y aun más allá de Madrid, y que si no se deciden a detenerlos, es por la repercusión internacional que ha tenido ya esa monstruosa decisión del gobierno, sin sentido. Sin sentido, no; en todo caso, yo diré lo que, a mi juicio, se pretendió.

La repercusión internacional ha sido grande. No es que estemos completamente satisfechos de la repercusión internacional que ha tenido; ¡cómo vamos a estarlo!; pero sí estamos en cierto modo contentos al ver que en un momento en que Europa tiene tantos y tan graves problemas y que es más actual hablar de los coroneles de Grecia que de Franco; que es más cómodo hablar de lo que puede pasar en el Mediterráneo, etc., todavía han encontrado eco las cosas de España. ¿Por qué? Porque hay en no pocos un complejo de culpabilidad por no haber hecho lo que era su deber durante nuestra guerra, y por haber apoyado después, unos más, otros menos — lo vistan como lo vistan — al régimen franquista. Pero hay que decir en honor de las dos Internacionales sindicales, la cristiana y la libre, y en honor de la Internacional Socialista, que han logrado movilizar a todas sus organizaciones esparcidas por el mundo, a sus periódicos, a la radio y a la televisión; que han protestado mediante telegramas, reuniones públicas, etc., contra el régimen franquista.

También se han producido gestos que conviene subrayar. He aquí uno. Un amigo nuestro, alemán, que luchó con nosotros y que hoy es redactor-jefe de un importante diario, al enterarse de que el presidente de la República Federal Alemana había concedido la condecoración del Gran Mérito a Fraga Iribarne se ha apresurado a devolverle la suya al Presidente de la República, ejemplo que han seguido otros, por considerarse incompatibles moralmente con el ministro franquista. (Aplausos).

Si con las detenciones creían neutralizar nuestras relaciones internacionales, se equivocaron. Incluso

los que con el silencio parecían haberse olvidado de nuestro drama, la conducta del franquismo ha tenido la virtud de despertarles su conciencia.

La operación en marcha

Pero volvamos a la situación que han creado al país. ¿Qué se proponían hacer con esa operación? Porque ahora, los que callaron al principio ya no se callan. Dijeron, como sabéis, que la decisión se había tomado en Consejos de Ministros por unanimidad. Sin ninguna voz discrepante. Ni siquiera la de la momia de Franco. Pero después, ante el escándalo que se ha producido, diversos ministros han hecho circular la especie de que ellos estaban en contra. Yo prefiero a los ministros salvajes que no ocultan su condición, a esas marionetas que se desdicen cuando la «operación» ha fracasado. Porque «operación» había. Todos dicen que con la cobertura del estado de excepción: y por si fueran pocos los artículos suspendidos del llamado Fuero de los Españoles, con la implantación de la censura previa, se pretendía preparar, con las máximas garantías de éxito, el establecimiento de un régimen que fuese la continuación de lo actual: un franquismo sin Franco, puesto que lo dan ya por desahuciado. Una Monarquía con rey, ya sea con el padre, con el hijo o con el espíritu santo. O una Monarquía con un regente, que es lo que creo que tienen en su pensamiento. Eso explicaría la expulsión de don Hugo, el haber enfrentado al hijo con el padre, para poder decir: ya ven que no se puede contar con los Borbones, pues no se entienden entre sí. Pongamos un regente. Un regente que continúe lo actual.

La «operación» se puso en marcha, comerciando con la famosa «peripezia». ¡Donosa «peripezia», que ha llenado las cárceles de España de trabajadores, de intelectuales y de sacerdotes! ¡Donosa «peripezia», que ha dividido al ejército, pues no faltan generales y coroneles que dicen no tener nada que ver con lo que han hecho tres generales; que ha dividido a la Iglesia: ahí están los ocho obispos que han protestado públicamente de la Nota que publicó la Comisión episcopal aprobando el estado de

excepción; ahí está la visita del legado pontificio a los obispos procuradores en Cortes para que renunciaran a sus cargos políticos. Además de dividir al ejército y a la Iglesia, ha dividido al propio gobierno, que aprobó el estado de excepción, hasta el punto de anunciarse ya públicamente la crisis ministerial. Pero eso no tiene importancia. Eso sí que es una «peripecia»; lo otro, no.

Una frase desdichada

Pero a mí, compañeros y amigos, no me duele tanto el que se haya calificado de «peripecia» una cosa tan grave como es el privar a todo un pueblo de todas las libertades esenciales inherentes a la persona humana, como otra frase que se ha pronunciado después de la estancia en Madrid. Una frase que la tengo clavada en el corazón, como estoy seguro de que la tendréis todos vosotros también. Y es que, creyendo justificar el viaje para asuntos económicos, se permitió decir: ¡Bien caras nos han costado las ideologías! Como diciendo que el tiempo de los ideales, de las ideologías, ha terminado.

Yo digo que decir eso pensando en España, decir eso a los españoles, es la ofensa más grande que se nos puede hacer, pues no hay en el mundo pueblo alguno que haya derramado tantos torrentes de sangre como nosotros en defensa de la libertad. Nosotros, que nos estamos esforzando por dar a la juventud española un ideal que fecunde su existencia, que sepan por qué y para qué se vive; para que salgar de ese estado de degradación moral, de prostitución espiritual a que quiso someterlos el franquismo. En la vida de los pueblos, son necesarios los tratados de comercio y las inversiones industriales, pero también son necesarios los ideales.

«¡Bien caras nos han costado las ideologías!» Si ese pensamiento fuese el pensamiento predominante en el pueblo francés — cosa que no creo — habría que deshacer el monumento que hay en Annecy, en Francia, (aplausos), dedicado «Aux Espagnols morts por la Liberté dans les rangs de l'Armée française et de la Résistance : 1940-1945.» (Aplausos). Si ese pensamiento prevaleciera, habría que suprimir, repito, ese monumento y, entre tanto,

preparemos los negros crespones para cubrirlo, expresando así nuestro dolor a esa manera de condenar lo que hemos hecho.

He hablado antes de la crisis que existe actualmente entre los militares españoles. Hemos dicho ya muchas veces y en todos los toros, lo que pensamos, y lo que se merecen los generales felones que faltando a su juramento se alzaron en armas contra el gobierno legal de la República, régimen legal de España que se había dado libremente el pueblo español. Yo veo aquí, entre nosotros a dos personas, a dos amigos que fueron leales a la República, que siguen fieles al juramento que libremente hicieron de servir y defender a la República, y a quienes no hemos hecho todavía el homenaje que se les debe por lo que son y por lo que hicieron: el general Riquelme y al Almirante Fuentes (Grandes aplausos). Yo he querido personalizar en el general Riquelme y en el Almirante Fuentes a todos los españoles que defendieron la República con las armas en la mano. Pero veo aquí, por estar cerca de la mesa, a otro militar, a Monreal, que ha hecho por la defensa de la República tanto como el que más, (aplausos), y no me perdonaría a mí mismo el no haberle asociado a esta expresión de nuestro reconocimiento.

Nuestro deber

Para concluir, amigos todos, he de decir que no basta con que nos reunamos de cuando en cuando a celebrar el aniversario de la Primera República y el aniversario de la Segunda República. Ni que hablemos de la significación que atribuimos a los sucesos verdaderamente dramáticos que se están produciendo en España. En Guipúzcoa se implantó el estado de excepción por tres meses y al terminar los tres meses se prorrogó por otros tres y luego enlazó con el estado de excepción para toda España.

No sería de extrañar, si la presión de determinados factores económicos, financieros y militares no se oponen, aparte el ambiente internacional que se ha creado contra el régimen franquista, las conversaciones con el Mercado Común, la preocupación por la prórroga del arriendo de las bases america-

nas, las inquietudes que aparecen en el Mediterráneo, los peligros que corre el turismo, que es lo que trae a mal traer a Fraga, no sería de extrañar que se prolongase el estado de excepción. Lo prorroguen o no, nuestro deber consiste en estar a la altura de las circunstancias. En primer lugar, solidarizándonos con quienes luchan allí dentro. Nuestros compañeros de Vizcaya, en una de sus últimas comunicaciones nos dicen: «No son lágrimas lo que pedimos; os pedimos solidaridad con nuestra lucha». Ahí tenemos, con pocas palabras, lo esencial de lo que se nos pide y que no debemos olvidar.

Cúmplase la voluntad nacional

Todo lo que está pasando en España debilita al régimen franquista y hace más acuciante el problema de la sucesión. Le República puede venir. Habrá República. Pero no vendrá por sí sola, como algo fatal. La República no vendrá, sino que hay que traerla. Dependerá de lo que hagamos para traerla. Ya hay más de la mitad de la población española que, por su edad, por ser jóvenes, no han conocido ni la Monarquía ni la República. Y son ellos los que, fundadamente van a decidir un día, que esperamos cercano, del porvenir de España. A ellos, como a todos los españoles, hay que decirles: Cualquiera régimen que se instaure en España sin consultar previamente al pueblo español, será un régimen impuesto. Y después de haber sufrido durante treinta años el régimen franquista — régimen impuesto por las armas — imponer otro régimen, el que sea, no resolvería la grave cuestión hoy ya planteada. No resolvería la cuestión, sino que la agravaría. Todo solución impuesta contendría en sus entrañas los gérmenes de otra guerra civil. Nosotros propugnamos otra solución. Solución que hace muchos años propuso el Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores de España y que después aceptaron todas las organizaciones que integran la Unión de Fuerzas Democráticas. Lo solución que propugnamos consiste en que, a la desaparición del régimen actual, se forme un gobierno de transición, lo más representativo que se pueda, que aparte otras tareas que

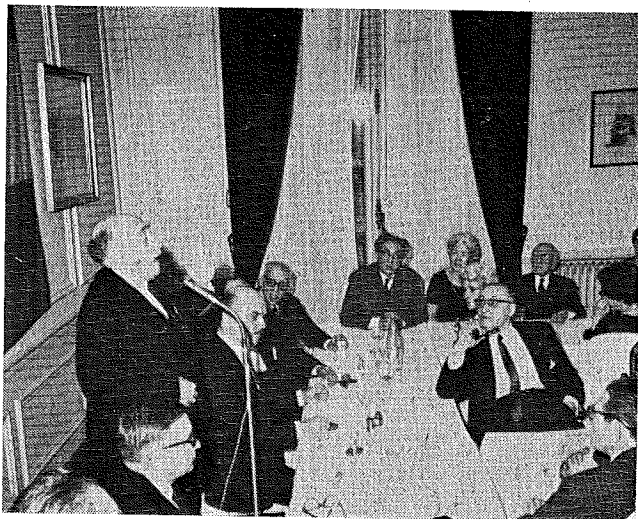
no hay por qué enumerar en estos momentos, tras devolver al pueblo español todas sus libertades y fijarse un plazo prudencial para que se organicen los partidos y los sindicatos, consulte al país para que éste diga con toda libertad y con todas las necesarias garantías, el régimen político de su preferencia: Monarquía o República.

Yo soy republicano. Mi partido es republicano. Nosotros votaremos por la República. Pero si la mayoría del pueblo español vota por la Monarquía, nosotros acataremos la voluntad mayoritaria del pueblo que es, para nosotros, la única fuente de legitimidad.

Pero a los monárquicos decimos lo mismo: vosotros sois monárquicos; vosotros votaréis por la Monarquía; si de la consulta al pueblo saliese mayoría para la República, vuestra obligación, como la nuestra, como la de todos los españoles, es la de acatar la voluntad nacional. (Aplausos).

En 1874 — y con esto termino — un general y una compañía se bastaron para ocupar el Parlamento y acabar con la Primera República. En 1936, para acabar con la Segunda República hizo falta una guerra civil que duró 33 meses, con la ayuda militar de Hitler y de Mussolini, sin contar la ayuda eficaz de Portugal y sin contar la complacencia cuando no complicidad de no pocos gobiernos de países democráticos que traicionaron la voluntad de los pueblos. Si la Segunda República pudo resistir treinta y tres meses de guerra civil es porque la República había calado hondo en la conciencia del pueblo español. Y eso que apenas si dejaron trabajar a la República. Con la experiencia que tenemos unos y otros, de lo que fue la Segunda República, podemos decir que si entonces fuimos de la República a la Democracia, ahora queremos ir e iremos, por la Democracia a la República. (Grandes aplausos).

DISCURSO DE D. CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ



El señor Sánchez-Albornoz durante su intervención.

Todo se ha dicho. Se ha censurado ácremente la declaración del estado de excepción y, con ironía y cólera a la par, el viaje de un ministro de Francia a Madrid. Y se ha analizado el futuro de la patria irtelementemente y con serenidad. Me interesa fundamentalmente el tema segundo. No puedo sin embargo eludir el primero.

No sé si váis a escandalizaros por mis palabras de esta tarde; me las dictan mi conciencia y mi razón. Todos os habéis irritado por el decreto que ponía en paréntesis los mínimos derechos de los españoles. Yo me alegré. En verdad, los españoles eran encarcelados y confinados antes contra la ley; pero confinados y encarcelados. Después del decreto continuaron siéndolo, pero conforme a derecho. Para quien es detenido y desterrado es igual que su prisión o su destierro se hagan de una u otra manera. Y en cambio, la declaración del estado de excepción — la he calificado públicamente de «zar-pazo del oso herido» — era una clara, evidente, irnegable confesión de impotencia y de miedo. Y sin remedio había de constituir un revulsivo dentro y fuera de España contra la tiranía. Un gobierno fuerte no realiza el gesto de miedo que el de Madrid ha llevado a cabo. El miedo es un factor importantísimo en la historia — perdonad que la deformación profesional me haya llevado a pronunciar la palabra historia — y en la vida. Muchos heroísmos han sido provocados por el miedo. ¿Pero cómo podría dejar de alegrarme de que la dictadura española, que durante años y años había sembrado el miedo e incluso el terror entre los republicanos con cárceles, represiones, fusilamientos, tras treinta

años de barbarie demostrase tener miedo? Y lo tiene con razón sobrada porque se ha encontrado con que dentro de España han surgido obispos, clérigos, intelectuales, profesores, estudiantes... que se han atrevido a enrostrarle la injusticia esencial de su doctrina y de su conducta. ¡Qué enorme fracaso! Treinta años hablando y escribiendo cada día a su placer y al cabo ha sido inútil el intento de domesticar a la nación. Seguimos con emoción fraterna los movimientos obreros que al cabo eran lógica explosión de protesta contra su opresión económica. Pero el caso era ahora más grave. La juventud no se ha dejado envenenar y se ha alzado en todas las universidades. Los abogados reunidos en San Sebastián, Barcelona y Madrid, han hecho oír su voz contra la ilegitimidad y la violencia. Y profesores e intelectuales han hecho otro tanto. Me siento orgulloso como español y como hombre de que treinta años de emponzoñamiento espiritual y de represión no interrumpida no hayan doblegado el ánimo de mis compañeros. Siempre he pensado que el español se rompe pero no se dobla y que las ideas triunfan siempre a la postre de la fuerza.

La Iglesia ha enrostrado al régimen su injusticia

Que los intelectuales, los juristas y los estudiantes alcen su voz al cabo no puede sorprender. Confieso mi asombro y mi alegría al comprobar que también la Iglesia ha enrostrado al régimen su injusticia. Tengo en el bolsillo un escrito firmado por ciento sesenta religiosos y sacerdotes españoles residentes en Roma que voy a leerlos porque juzgo que tiene una enorme importancia histórica cara al mañana de nuestra patria:

«Somos un grupo de eclesiásticos que nos encontramos en Roma provenientes de distintos puntos de España y pertenecientes a diversos institutos religiosos así como al clero secular. Ante las medidas excepcionales adoptadas últimamente en España y que han venido a agravar una situación ya de antiguo delicada, queremos expresar nuestra denuncia y protesta; además pensamos que, dado que la jerarquía eclesiástica es pieza eje en la situación

política española, el testimonio de grupos cristianos es singularmente significativo.

En estos momentos en que ha sido declarado el estado de excepción y muchos ciudadanos, comprometidos en una lucha legítima, sienten sobre sí el peso de una represión que no tiene prácticamente límites jurídicos, nuestra conciencia cristiana nos obliga a solidarizarnos con ellos y a protestar ante la opinión pública por la persecución, la opresión y la calumnia que, sin posibilidad de defensa, padecen.

Nos sentimos hermanados con los obreros, sobre quienes recaen fuertes medidas de represión. Esto es especialmente indignante dada la habitual falta de auténtica representatividad y de cauces políticos que sufre el pueblo español trabajador. Nos sentimos igualmente solidarios con todos los que sienten conculcado su derecho de decir, escribir y expresar sus ideas; con los estudiantes que ven en estos momentos caer sobre sí la reacción despótica de un sistema que pretenden transformar. Queremos también expresar nuestro apoyo e identificación con las personas y grupos de laicos y sacerdotes que, por su compromiso evangélico con los pobres, en favor de la justicia y la libertad, sufren actualmente prisión, multas y difamación.

En este punto queremos hacer una alusión, aunque sea tangencial, a aspectos del problema en los que entra en juego, de modo más directo, una visión de Iglesia. Cuando en una sociedad hay pobres y ricos, opresores y oprimidos, cuando hay quienes monopolizan todos los medios de expresión y quienes no tienen derecho a decir una palabra, estar y ser con los pobres, oprimidos e indefensos no es todo el Cristianismo, pero sí el primer deber cristiano. Pensamos que la fe católica — sea laico, sacerdote u obispo quien la tenga — tiene como primer deber comprometerse con quienes se esfuerzan en pro de los valores humanos fundamentales. Por eso creemos que es urgente, como primer paso, que la fe cristiana y la institución eclesiástica aparezcan en España claramente separadas del Estado, de modo que no sean instrumentalizadas como cobertura ideológica del sistema.»

Y no quiero seguir, el documento es largo...

Una esperanza de cambio en España

Estas palabras son una esperanza de cambio en España. Vosotros sabéis hasta qué punto yo he sido pesimista. He sido pesimista porque los castellanos, como decía Unamuno, somos hombres sin demasiada imaginación, y yo no he concebido jamás la manera cómo podríamos concluir con la tiranía española los refugiados de este lado del Pirineo y en América. La historia me decía, además, que nunca, nunca los emigrados han logrado cambiar el régimen político de España, ni el de ningún país. Todos conocéis la historia de España, especialmente Leizola. Repasad la historia del siglo XIX. Ha habido muchas veces emigrados. Siempre el proceso de cambio de régimen ha surgido en el interior. Y en el mundo también. En el interior o apoyado desde fuera por coyunturas históricas favorables. Yo no sé, quizá hubiesen muerto en sus sedes muy tranquilos Hitler y Mussolini si los rusos no hubieran llegado a la Cancillería de Berlín y los aliados no hubieran desembarcado en Italia.

Aquí se ha hablado del pasado y por azares del destino yo, historiador, voy a hablar del porvenir. Mañana — el ahora es de ellos — los franquistas van a intentar sobrevivirse. La momia de Franco puede pervivir todavía. No testará porque tiene miedo a que luego de testar prescindan de él. ¿Qué va a pasar después? Franco no va a ganar batallas después de muerto, como cuentan que las ganó el Cid. Esos milagros no pasan nunca sino en la literatura. Pero los franquistas van a intentar embalsamar el franquismo. Lo decía muy bien Llopis. Van a intentar nombrar un regente o buscar un rey sometido a sus dictados. No nos interesa saber quién va a ser, nosotros somos republicanos. La dinastía borbónica jamás ha hecho nada trascendental por España, desde hace siglos. Pero ellos están ahí y nosotros tenemos una limitada posibilidad de acción. Necesitamos prepararnos para lo que yo llamé hace años, el día X. ¿Qué nos cabe hacer?

Señoras y señores, hacer una revolución es muy

difícil. Yo soy ya muy viejo. He visto hacer muchas. En España y fuera de España, especialmente en la Argentina. Me escucha un amigo argentino que conoce como yo esa serie de revoluciones del Plata. Las revoluciones exigen una serie de premisas culturales, espirituales, morales y económicas. Mi hijo — yo soy ya tan viejo que tengo un hijo que hace historia — acaba de estudiar el desarrollo de la crisis económica de España que precedió a la «Gloriosa». Una revolución empieza un día cualquiera por obra y gracia del entusiasmo, el noble ideal, la cólera... de unos grupos humanos, pero a veces también por el despecho, la ambición, el miedo o la ira de un hombre o de unos hombres, no siempre limpios y en ocasiones terriblemente equivocados en sus cálculos de triunfo. Muchas, muchas veces la revolución fracasa o su éxito es pasajero. Pero, aun triunfante, no sé por qué, el pasado se venga. Todos conocéis, especialmente Just la historia de Francia. ¡Cuánto hubo del viejo régimen en la Francia postrevolucionaria! Todos conocéis la historia de Rusia. ¡Cuánto hay del zarismo detrás del régimen que gobierna hoy la República de los Soviets! Y quienes conozcan la historia de China podrán advertir cuánto queda del viejo mandarinato en la dictadura de Mao.

Necesitamos hacer algo más decisivo

Necesitamos hacer algo, lo decía Llopis, mucho más decisivo. Si yo fuera un revolucionario, de esos que escriben en la Facultad de Letras de Madrid: «No somos marxistas; para nosotros Marx es una hermana de la Caridad»; si yo fuera un revolucionario, estaría encantado de la prolongación del franquismo. He oído contar al marqués de Benavides, un viejo noble de mi tierra que era académico de la Historia y que como tal era compañero mío — él muy viejo y yo muy joven — su entrevista con el rey en Roma. Fue a felicitarle y le hizo el elogio de la dictadura. Don Alfonso, que era un chulito madrileño, le dijo: «¡Oh, sí, la dictadura ha hecho cosas muy importantes para la historia de España!» — ¿Cuáles, majestad?, preguntó engañado el viejo magnate. — «Los firmes especiales y la Repu-

blica», replicó el monarca. Yo no sé si aquí hay algún espiritista; le invito a llamar a capitulo a don Alfonso y a preguntarle qué opina de lo que pasa ahora en España. Y no sé, me imagino su respuesta: «Ese capitancito, al que yo hice general sin merecerlo, está haciendo dos cosas muy importantes: «Los paradores nacionales y el comunismo».

Perdonadme, nos reunimos para celebrar el aniversario de la 1ª República Española. Esto de ser historiador tiene muchos inconvenientes, porque resta mucho entusiasmo. Eran hombres magníficos los que dirigieron la 1ª República. Probablemente no los ha habido luego tan grandes y sin embargo la 1ª República duró menos de un año. ¡Por algo sería! No hay que atribuir sólo al general Pavía la caída de la 1ª República: la destruyeron los mismos republicanos dentro del país. ¿Estaba España entonces preparada para una República? Es una pregunta que me tortura en estos días, porque yo he hecho muchas, muchas lecciones — hace cincuenta años que soy profesor de universidad — pero mi responsabilidad en estos momentos me ha obligado a meditar el ayer pensando en el futuro. Esa responsabilidad frente al hoy cara al mañana me ha llevado también a preguntarme: ¿No habremos nosotros, los republicanos, contribuido un poco a la ruina de la II República. Yo no sé, quizás olvidamos que millones de españoles no participaban de nuestras ideas. Recuerdo el momento en que Azaña tomó posesión del poder en el año 1936. Hizo un discurso en el ministerio de la Gobernación. Yo estaba al lado, me dio un abrazo y me dijo: «Alboroz, ahora a hacer republicanos». Había que hacer republicanos.

Cuando advino la República había en España — no sé señoras y señores si os van a gustar mis palabras, pero creo en conciencia que debo pronunciarlas — había en España una doble histeria; la padecían a la par las derechas y las izquierdas. Recuerdo el caso del padre Villada. El padre Villada era un jesuita paleógrafo que trabajaba en el Centro de Estudios Históricos. Un día lo llamaron sus compañeros de la Compañía y le dijeron: «Tiene usted que renunciar a su cátedra» — ¿Por qué? «— Ahí hay gentes anticlericales». — El único anti-

clerical allí era Américo Castro. — «Yo he trabajado en Roma al lado de judíos y de masones». «— Tiene Ud. que renunciar». El padre Villada apeló al padre Lodochosky, general de los jesuitas que viajaba por entonces a España. El general de los jesuitas le dijo: «Siga Ud., tiene Ud. razón». Pero a los quince días lo llamó y le dijo: «Mire, padre Villada, siga creyendo que tiene Ud. razón; pero renuncie, porque yo no puedo con los jesuitas españoles.»

Del otro lado existía una histeria no menos condenable que se traducía en el anticlericalismo de muchos políticos y en la inclinación de algunos exaltados a incendiar iglesias.

Sanjurjo y los señoritos monárquicos despechados se alzaron el 10 de agosto. Pero nosotros no aceptamos después la derrota electoral del año 33. Nos derrotaron porque nos dividimos. Había cuatro partidos radicales-socialistas, los radicales, los conservadores, los federales, Acción Republicana, los socialistas. Yo, un poco zurcidor de voluntades, no logré que se formaran candidaturas únicas. Nos vencieron. Y no todos aceptamos el fallo de las urnas. Algún día tengo que escribir mis memorias, yo también. En el Congreso, en el salón de conferencias del Congreso, todos los días llegaban hasta Azaña para decirle: «No podemos soportar esto». «Hay que hacer la revolución, hay que echarse a la calle». Azaña les escuchaba sin pestañear, hasta que un día ya no pudo más y les dijo: «Señores ahora mismo, a la calle, a la revolución... con los paraguas». Y nosotros no hicimos la revolución, pero la hicieron otros, aunque Azaña delante de mí — doy testimonio como entonces testimonié por escrito — intentó detenerlos.

Pero mi esperanza para el mañana, y por eso os decía que soy optimista, es que el clima espiritual de España ha cambiado. ¡Qué fuerza maravillosa tienen en nosotros la conciencia y el amor de la libertad!

Porque nosotros siempre hemos pensado lo mismo. Yo soy un liberal que prefiero vivir en el destierro y vivir pobremente antes que someterme a la tiranía española. Pero quienes se han lanzado ahora contra Franco no somos nosotros, los repu-

blicanos, los socialistas, los anarquistas: son ellos, las gentes que durante treinta años no han oído sino blasfemias contra la República y los republicanos. Los sacerdotes de Roma cuyo escrito os he leído, los clérigos protestatarios del interior, «contestataires», que dicen los franceses, las gentes del Seminario de Comillas, los obispos progresistas... han dado grandes pasos hacia nosotros. Se está acabando esa histeria de las dos Españas fraternas y enemigas.

Por una democracia liberal y social

Nosotros mismos también hemos cambiado. Vamos con ojos diferentes a quienes se han hallado y se hallan aún al otro lado de la barricada. Podremos asegurar una República. Yo empiezo a ser optimista. El problema del mañana no es sin embargo sencillo. Somos liberales pero nuestra concepción de la libertad no es, no puede ser la de nuestros antecesores ni la nuestra de antaño. Los doceañistas tuvieron una concepción de la libertad muy suya, la normal en unos hombres del año 1812. Los republicanos del año 73 tuvieron otra, también conservadora. Y la República de 1931 otra tercera. Nosotros somos liberales pero somos demócratas sociales. Aspiramos a una República en la cual se realicen, al cabo, señoras y señores, los principios eternos de la Revolución Francesa: Libertad, igualdad, fraternidad, que tienen dos siglos, pero que no han envejecido; y a que se haga al cabo realidad la doctrina de Cristo. Yo he dicho muchas veces y me lo habéis oído decir aquí también, que si algún día tuviera que elegir un lema para caracterizar los ideales de mi vida, elegiría las palabras de San Pablo: «Ubi Spiritus Domini, ibi libertas», «Donde sopla el espíritu de Dios, allí está la libertad».

Y no estamos solos al pugnar por una democracia liberal y social. La Iglesia, por la voz de sus pontífices y del concilio, defiende hoy doctrinas muy cercanas de las nuestras.

Han cambiado las cosas en España, pero ¿cómo llegar a la República? Yo creo que podemos — y en estos momentos, me estoy dirigiendo más que a

vosotros a las gentes de más allá del Pirineo — creo que podemos rehacer la vida española dentro de un régimen de libertad y de democracia social, si los españoles que van a disponer de los destinos de España nos escuchan. La República del año 31 vino en una coyuntura histórica impropicia. Otra confesión. Allá en la esquina de las calles de la Princesa y de Argüelles, — ¡cuántos años! ¡más de treinta años sin ver mi tierra de Madrid! — un periodista inglés nos dijo a Zulueta y a mí: «¿La República? Unos años de discordia y luego otra vez la Monarquía». La República llegaba en verdad en horas ingratas. Los EE. UU. padecían una terrible crisis económica, en Italia, Alemania y Portugal triunfaba el fascismo. Y advino tras un período de grandes presiones internas que auguraban revueltas y explosiones al volver al libre juego de la democracia.

Era también impropicia la situación del mundo en 1936. Portugal, Italia y Alemania, enemigas. Rusia estaba muy lejos y era gobernada por intereses egoístas. Graves problemas interiores sacudían a Francia. Inglaterra se hallaba en manos de los conservadores. Le he oído contar a Asúa, cómo Blum lloraba porque no podía hacer nada, amenazado por el presidente del Consejo de Inglaterra, Baldwin, que le decía: «Si estalla la guerra en el mundo por su ayuda a España, no cuenten con Inglaterra.»

Necesitamos anteponernos a los acontecimientos

Vivimos los pueblos dentro de nosotros mismos, pero en el mundo. El mundo ha cambiado mucho desde 1931 y desde el año 36. ¡Qué no se engañen las gentes que intentan embalsamar al franquismo! Sólo mediante un régimen de fuerza podrán prolongar su vida algunos años, cualquiera que sea la forma política que elijan a la muerte del caudillo. E inevitablemente la prolongación de la represión policíaca de ayer, de hoy y de mañana, al acumular violencias y odios, en las masas, en la burguesía intelectual e incluso en los católicos, acabará provocando un movimiento revolucionario de proporciones gigantescas. Y ese día no van a

disfrutar de una coyuntura histórica favorable, porque hoy las Repúblicas Socialistas Soviéticas dominan media Europa, porque hay unos partidos comunistas fortísimos en Italia y en Francia, porque Inglaterra y Francia como potencias de primer orden se han hundido, porque los yanquis tienen muchos problemas, entre ellos el gravísimo problema de los negros. Que no se engañen nuestros adversarios. Dios no es franquista y mañana no van a encontrar un mundo propicio cuando el pueblo español se alce en armas y haga su auténtica e inexorable revolución.

Frente a la posible restauración o instauración de la Monarquía, la que sea, debemos meditar y debemos hacer meditar a las gentes inteligentes del régimen que señorea a España. Necesitamos anteponernos a los acontecimientos, no ir detrás de ellos. Al ejército desunido, a los coroneles que empiezan a ser demócratas, a la Iglesia, que comienza a hablar como los curas de Roma, a los abogados y profesores que se enfrentan heroicos al tirano, a los estudiantes, que son la sal de la vida española, debemos ofrecer una posibilidad de encauzar pacíficamente el cambio decisivo de la vida de España por caminos de libertad, de hermandad, de reconciliación.

Darí­a por bien concluída mi vida si un día pudiera asistir en Madrid, «Rompeolas de todas las Españas», en medio de las masas, incógnito, como uno más de los madrileños hermanados por la República, al bautismo de la plaza de la Cibeles, como la «plaza de la Concordia».

Necesitamos ofrecer un frente unido de españoles demócratas de todas las tendencias ideológicas. Yo he vacilado mucho respecto a nuestra posibilidad de entendernos con la democracia cristiana española y con las demás agrupaciones del interior de signo y de ideales demócratas. Pero me he decidido ya. Creo, y lo creen también los socialistas, que necesitamos brindar a las fuerzas españolas del mañana un grupo de hombres dispuestos a realizar una limpia consulta electoral que decida sobre la forma de gobierno y a encauzar en paz los destinos de la patria. Desde aquí irvoco el patriotismo de nuestros adversarios y hasta de

nuestros enemigos. Haremos frente a nuestra responsabilidad para tener derecho a enfrentarnos con la suya. Para que nadie en España, mañana, si el torrente de la vida española se encrespa y lo arrolla todo, nadie, nadie, nadie pueda enrostrarnos haber preferido una intransigencia republicana a las posibilidades de cambio democrático y pacífico.

Y no pienso en mí, porque yo soy viejo y porque yo puedo llevar la carga del Gobierno en el destierro, pero hombre de pensamiento, sé muy bien que no soy hombre de acción. Puedo ser un conductor espiritual, no un gobernante ni un caudillo. Ningún interés personal me mueve hoy ni me ha movido nunca al dirigirme repetidamente a los españoles. La meta de mi vida ha sido siempre el bien y la paz de España.

El mundo está en crisis

El mundo está, además, en crisis. Quizá la palabra crisis sea impropia. Crisis significa caída vertical; el mundo está transformándose en forma cada vez más acelerada y a eso podemos llamar crisis. Yo creo que la cultura occidental de que habla Toynbee ha entrado en picado. Vosotros lo sabéis muy bien: está en crisis la sociedad burguesa, capitalista, tecnócrata; está en crisis también la sociedad comunista — recordemos el caso de Checoslovaquia —; está en crisis la Iglesia, está en crisis la Universidad, está en crisis el arte — recordad las palabras de los estudiantes de la Sorbona: «El arte ha muerto». El arte no ha muerto aunque los artistas de hoy lo están matando poco a poco. El mundo es hoy problemático, el mundo está hoy transformándose rápidamente; los españoles de allá deben saberlo, a ellos me dirijo; aquí hablo a convencidos. España no está en la estratosfera sino en el mundo. Hoy se mueve un botón y se oye Tokio, se oye París o se oyen los EE. UU. Y en ese mundo nuevo queremos hacer una España distinta. Todos vosotros adoráis a nuestra tierra, o ese complejo histórico y vital que late al sur del Pirineo. Todos vosotros queréis vivir en esa tierra, madre nuestra de la que estamos alejados más de treinta años y que llevamos cada día en nuestra alma con angustia.

España puede ser un factor importante en la dinámica política de Europa si superamos la bipolarización terrible, brutal, de las fuerzas políticas españolas durante siglo y medio y creamos una síntesis dialéctica pareja de la que han conseguido los otros pueblos del mundo. Si aceptamos, que el adversario no es un enemigo, si podemos discurrir libremente, discutir en paz nuestros problemas, avanzar serenos hacia el mañana social del mundo. España necesita poner en tensión los resortes de su conciencia y de su voluntad, pero podemos hacerlo; los españoles podremos igualarnos a los pueblos más cultos y ricos del mundo si el nuestro depone sus odios y aún en un régimen de democracia y de libertad para todos los españoles. Ese día podremos participar con orgullo en la organización política y económica europeas y España podrá ser la proa y el promontorio espiritual de Europa.

Contemos con nuestro propio esfuerzo

Nosotros, los españoles, nos hemos sacrificado por nuestros ideales. Se han asombrado muchos de la actitud de Francia en estos días, pero ¡si no han hecho otra cosa, Francia e Inglaterra, a través de la historia que defender sus sagrados intereses frente a los ideales de Occidente! ¿Por qué iban a hacer ahora algo distinto? Al principio, nos ayudaron con calor, después sintieron el rubor de habernos abandonado, hoy ni siquiera tienen vergüenza al colaborar con la tiranía española. No contemos con ellos, contemos con nuestro propio esfuerzo, contemos con los españoles de más allá del Pirineo. Transformando una frase de Unamuno, os decía hace unos años: Es necesario convencer para vencer. Necesitamos convencer — hora es que pensemos en nuestras realidades — a los hermanos españoles cruelmente engañados por treinta años de torpe propaganda. España necesita olvido, reconciliación, paz en libertad, emprender un nuevo camino. Sólo la República puede abrir esa senda para hacer a España lo grande que todos deseamos. (Grandes aplausos).